

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

Capítulo XII: El año de 1921

Primera parte

NOTA ADICIONAL AL CAPÍTULO X: A propósito de *Las aventuras de Pánfilo* que publiqué en 1920 —librito que está a punto de reeditarse en los cuadernos de *La Flecha*, N^o 1, bajo los auspicios del Colegio de México— Artemio de Valle-Arizpe acaba de señalarme este pasaje de "Azorín":

"La más extraordinaria película de fantasía que conozco se titula *Las aventuras de Pánfilo*. Su autor es... Lope de Vega. No se sobresalte el lector. Se trata del cuento de espantos que Lope narra en *El peregrino en su patria*. Hay una edición separada, moderna —con curiosas ilustraciones— de la que ha cuidado Alfonso Reyes..." (*El Cine y el momento*, "Cine de fantasía". Madrid, Biblioteca Nueva, 1953).

"Azorín" se extiende después en consideraciones sobre lo que debe durar una película de fantasía.

1. Explicaciones previas

En México había asumido la presidencia el general Obregón. Como para compensarme del largo abandono, el 21 de enero de 1921 fui ascendido a Primer Secretario de nuestra Legación en España. Poco después, don Juan Sánchez Azcona regresó a México. Le era imposible permanecer en Madrid como *Embajador*, al frente de una *Legación* (ni siquiera *Embajada*) no reconocido regularmente. Tampoco pudo trasladarse a Viena, como llegó a proyectarse, por su decidida actitud de francófilo durante la guerra de 1914-1918. Aún no cicatrizaban las heridas.

Acompañé a don Juan hasta Santander, donde embarqué para México, y aproveché la ocasión para visitar la Biblioteca Menéndez y Pelayo, que acababa de tomar bajo su cuidado Miguel Artigas. Pedí a éste que si encontraba allí, como era seguro, ciertos documentos y cartas gongorinos de que yo tenía noticia, no dejara de comunicármelo, para al instante regresar y continuar mis investigaciones sobre "nuestro don Luis". Artigas, en efecto, dio con algunos papeles de Góngora, pero prefirió hacer algo mejor, que fue escribir él mismo la biografía y estudio sobre Góngora (1925), libro muy bien venido y que fue premiado por la Academia Española. No era hombre de intuiciones críticas ni de sensibilidad poética, pero sí un erudito a carta cabal, que dominaba sus métodos y sus disciplinas. De aquí el valor de su obra.

Volví, pues, a Madrid y me hice cargo de nuestra Legación. Ya he contado antes que don Eliseo Arredondo me había devuelto mi espadín. El uniforme de Segundo Secretario que me mandé hacer en París el año de 1914 (*Le Pavillon de Rohan*), había envejecido y, además, quedaba inútil por el ascenso, pues ya las insignias no correspondían a mi nuevo grado. Aún no aprendía yo la suprema elegancia de que nos había dado ejemplo don

Por Alfonso REYES



Alfonso Reyes, en el antiguo uniforme de Primer Secretario

Bernardo de Cologan, ministro de España en México durante los últimos años de Porfirio Díaz, que usó toda su carrera el uniforme de agregado con que la comenzó. Luis Urbina, sucesor de Nervo en tiempos de Arredondo, me vendió entonces su preciosa capa italiana y su uniforme, que fue fácilmente adaptado a mis medidas. Nuestra frecuentación era constante, y nuestra amistad nunca se alteró. Véase el precioso soneto con el cual me envió un gato para mi hijo (29 de septiembre de 1921), en mi "Recordación de Urbina" (*Pasado inmediato*) y en *Cortesía*, págs. 37-38. Jean Camp tradujo al francés este soneto en su antología *La Guirlande Espagnole*, México, 1947. Es todavía más expresivo el soneto en que me dice: "Hermano, muchas gracias", el 25 de enero de 1924 (*Cortesía*, págs. 42-43).

Don Juan Sánchez Azcona me había dicho, como despedida: "No dar un paso para la reanudación del trato diplomático entre ambos países". No lo entendía yo así, y al instante me dirigí por carta al ingeniero don Alberto J. Pani, secretario de Relaciones Exteriores, recordándole que yo llevaba años de vivir en España, que conocía a la gente y que podría, a ser necesario, procurar el reconocimiento del gobierno mexicano por parte del Ministerio de Estado español. Mi carta se cruzó con un mensaje cifrado en que don Alberto me encargaba precisamente que así lo hiciera, "acudiendo a los medios que yo considerara dignos y oportunos".

El ministro de Estado, el marqués de Lema, escuchaba los consejos de su sue-

gro don Joaquín Sánchez de Toca. Me dirigí a éste; le expliqué cómo la interrupción de relaciones había sido, casi, efecto de un azar y más bien provocada por la violenta salida de don Eliseo Arredondo. Eran aún los terribles tiempos en que los españoles residentes en México sufrían, como los mexicanos mismos, las consecuencias de la revolución, porque automáticamente se mezclaban en nuestros asuntos. No me costó ningún trabajo hacerlo convenir en que las muchas y graves cuestiones entre los dos países sólo podían estudiarse y concertarse después de restablecer la conversación de los gobiernos. Me ofreció hablar con su yerno. Lema me mandó llamar a los pocos días, y todavía tuvo la largueza de aceptar que España diera el primer paso, pues aceptó sin titubear mi proposición. "Lo mejor —le había dicho yo— es que el gobierno español pida al mexicano el *agrément* para un ministro de España, puesto que aquella Legación está acéfala y clausurada." A mediados de abril, 1921, se ataron nuevamente los lazos, y México lo comunicó así a sus agentes el día 18.

Yo había sido designado Encargado de Negocios *ad-int.* de México en España el 10 de febrero de 1921, y conservé esa categoría hasta agosto del propio año —paréntesis del ministro Alessio Robles en que reasumí las funciones de Primer Secretario—, para nuevamente empuñar la jefatura de la misión a la salida de éste, enero de 1922, y sólo dejarla en 1924, cuando fui llamado a México, vencido el levantamiento de De la Huerta.

Los asuntos eran arduos. Nadie se sentía con ánimos para afrontar aquellos problemas, que desbordaban por todas partes los límites del derecho internacional, por lo mismo que los españoles de México son medio mexicanos, y pronto mexicanos del todo. Así se explica tal vez que haya yo tenido el honor de conservar por tanto tiempo la representación de México en España, aun en calidad de interino. El mismo Miguel Alessio Robles consideró siempre como transitoria su comisión, y así se lo hizo saber desde la primera entrevista, con perfecta sinceridad, al ministro de Estado: a la sazón, González Hontoria, hombre mucho más duro que Lema.

A este período corresponde el folleto de mi Archivo llamado *Momentos de España: memorias políticas, 1920-1923* (México, 1947), que se cierra con el advenimiento del Directorio Militar (Primo de Rivera). Durante todo mi desempeño en aquella misión, me ayudó muy eficazmente nuestro Cónsul General en Barcelona, don Manuel Otálora, de quien guardo la mejor memoria.

Desde el 31 de enero me anunciaba Genaro Estrada su próximo viaje a Europa, como Delegado de la Secretaría de Industria y Comercio a la Feria de Milán. Pero sólo llegaría a Milán por el mes de marzo, y a Madrid, en mayo siguiente. A comienzos de julio se hallaba ya en

Londres, donde el día 6 embarcaba con rumbo a México.

Entretanto, Manuel Toussaint había llegado a la Villa y Corte (12 de abril), y juntos él, Artemio de Valle-Arizpe y yo emprendimos esa peregrinación a Sigüenza para admirar la estatua yacente del Doncel (que allá dicen siempre "el Guerrero"). Manuel Toussaint publicó más tarde sus *Viajes alucinados* por España (México, Cultura, 1924), donde averiguó con toda precisión que nos encontrábamos en Sigüenza el 8 de mayo de 1921; que él andaba ya en Santander el 22 del siguiente agosto; el 25, por Lugo; y los días 26, 27 y 28, por Santiago de Compostela.

Por cierto que, a propósito de Sigüenza, el libro de Manuel Toussaint trae un recuerdo de las travesuras que nos hacían los chiquillos. Yo tampoco las he olvidado. Ya San Agustín habla de la ferocidad de los niños. Aunque después se corrijan muchos, muchos nacen criminales natos. Nada me da más miedo que la irresponsabilidad, la agresividad, la insolencia, la crueldad de los niños que no nos conocen y que nos hablan de igual a igual, sin asomo de simpatía, o peor aún, como si fuéramos unos muebles, menos que unos perros. En la Catedral de Sigüenza, los bribones muchachos sencillamente nos encerraron y no nos dejaban salir a tomar el tren. Les rogábamos que nos pusieran en libertad y nos gritaban desde la calle:

—No, fastídiense ustedes. A nosotros no nos importa. ¿No han oído ustedes decir: "Sigüenza, poca vergüenza"?

A comienzos de mayo de 1921 yo me había mudado a la casa N° 56 de Serrano, cuarto acto de mi drama madrileño, a



Genaro Estrada, cuando llegó de Italia a España

que me refiero en el cap. iv de esta *Historia documental*. Además del propio Manuel Toussaint y de José Moreno Villa, me ayudó con la mudanza y el arreglo de mis libros Palma Guillén, que también apareció entonces por Madrid y a quien desde entonces siento a mi lado.

Genaro Estrada se fue a París, en compañía de Manuel Toussaint. Obtuve una licencia de 8 días y fui a reunirme con ellos: ¡tantos años sin ver a Francia! Creo que esto sucedió a fines de junio.

Al acercarse el verano, Artemio y yo nos fuimos a San Sebastián para esperar allá a Miguel Alessio Robles. Apenas llegado éste, Rafael Alducin, que tam-

bién estaba en San Sebastián con su familia, me confió un penosísimo encargo, que fue el dar cuenta a Miguel de la muerte violenta de su hermano José en México. Miguel se desazonó a tal punto que quiso volverse al instante y renunciar al cargo. Logramos tranquilizarlo entre todos. Y, al acabar el veraneo oficial, presentó en Madrid sus credenciales de Ministro.

Alguien publicó en un diario de México la falsa noticia, verdaderamente ridícula, de que le habían pedido a Miguel que dijera en francés su corta alocución para presentar credenciales, por ser el francés la lengua diplomática (nunca lo fue entre Hispanoamérica y España, naturalmente), pero que él había reclamado gallardamente el derecho de hablar en lengua española.

Artemio había sido ya anteriormente incorporado a la Legación con su antiguo grado de Segundo Secretario y había dejado la Comisión Histórica presidida por don Francisco A. de Icaza. Artemio y yo acompañábamos muy de cerca a Miguel. Aunque éste había pasado ya por España años atrás, sólo ahora se iba familiarizando con el ambiente.

Durante su corta permanencia en la Legación, Miguel reunió en Madrid una asamblea de cónsules mexicanos, de que fue secretario Agustín Loera y Chávez, recién nombrado Cónsul de México en Sevilla (diciembre de 1921). En esta ocasión me fue dable conocer personalmente a aquellos funcionarios y apreciar su índole y sus aptitudes, lo que me sería muy útil más tarde, en vista de las circunstancias posteriores creadas por el levantamiento acontecido en las postrimerías del gobierno de Obregón.

En uso de mis vacaciones, fui con mi mujer a Italia llevando la representación



Alberto J. Pani, por Diego Rivera

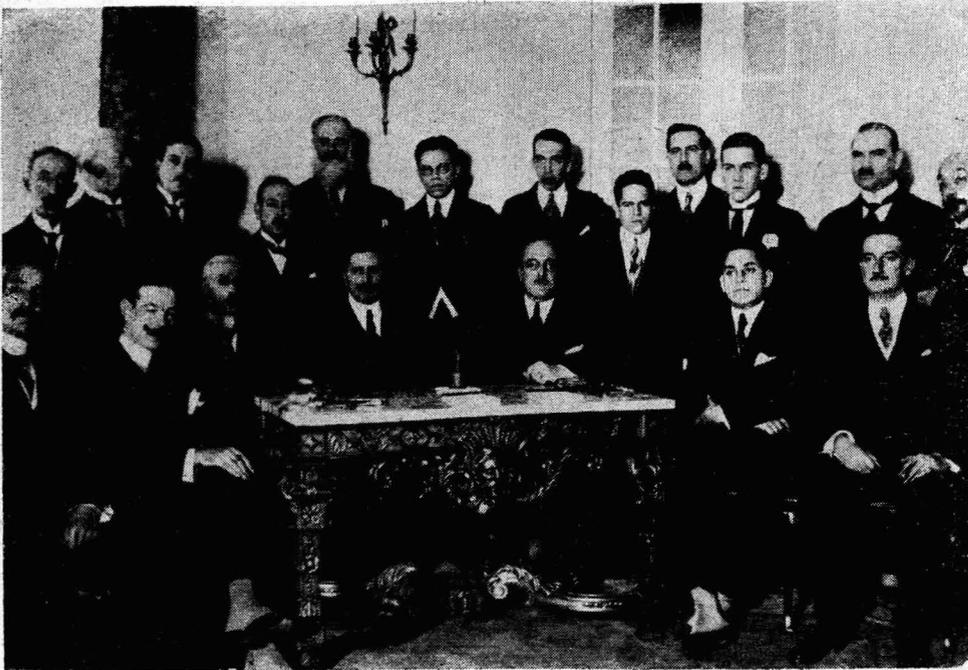


M. Alessio Robles, R. Alducin y A. Reyes, en San Sebastián

ACTITUDES

Giuseppe Ungaretti

Por Tomás SEGOVIA



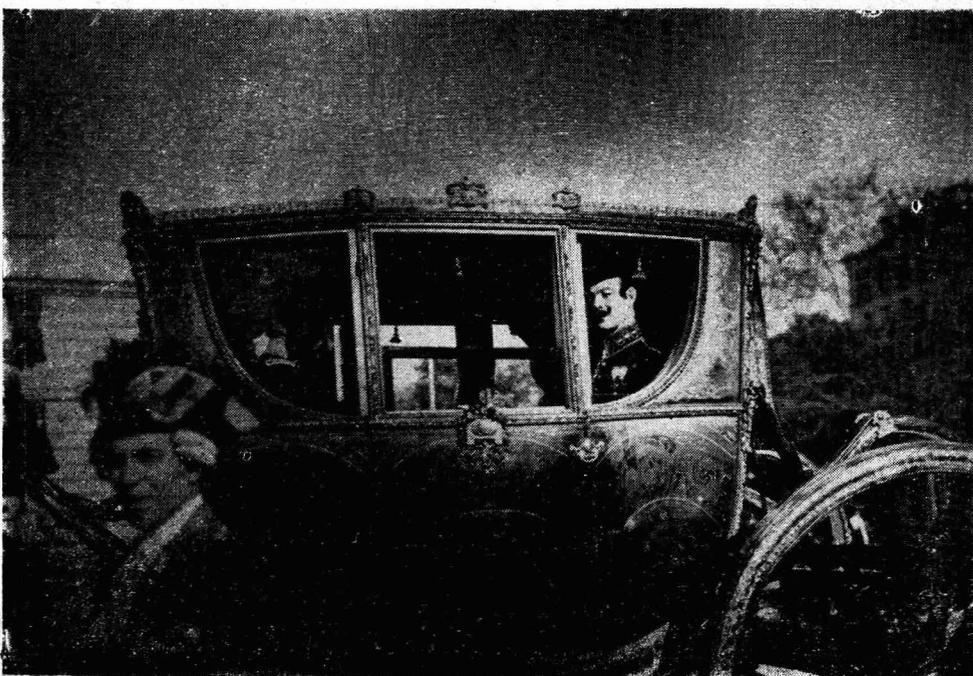
Asamblea de Cónsules Mexicanos en España

de la Universidad de México al Congreso Sociológico inaugurado en Turín el 9 de octubre y organizado por Cossentini, con quien desde antes me había relacionado por correspondencia Achille Pellizzari durante su paso por España (1918). Era mi primer visita a tierra italiana. (La segunda será a fines de 1924.) Sólo pude disfrutar rápidamente de Génova, Turín, Florencia y Venecia, y regresé a Madrid llamado telegráficamente por Miguel.

Para este viaje decidimos usar la línea París-Lyon-Mediterranée. Fuimos de Madrid a Burdeos, y allí telegrafíé al jefe de estación de Lyon-Brotteaux para las reservaciones del coche-cama hasta Italia. El, que sabía a medias el español, me tomó por el Rey de España, que andaba tal vez de picos pardos por el mediodía de Francia: nos reservó un vagón entero, y a las altas horas de la madrugada nos encontramos a todo el personal de la estación formado en fila para recibirnos dignamente. No es la única confusión ocasionada por mi nombre. Lo he contado en un artículo —“¡Al diablo con la homonimia!”— no recogido aún en libro,

y en “Rumbos cruzados” (*Las vísperas de España*).

Miguel también tuvo todavía ocasión de asomarse a Italia, aunque no recuerdo en qué momento, y, antes de su retorno a México, de presentar credenciales como Embajador, nombrado exclusivamente para agradecer la Embajada especial de España a las fiestas del Centenario de nuestra Independencia. Por cierto que en el Ministerio de Estado español les había costado algún trabajo entender eso de que cada dos lustros festejáramos el mismo suceso; pues, como se recordará, en 1910, bajo Porfirio Díaz, se había conmemorado el Centenario de la “iniciación” de la lucha, y ahora, en 1921, se conmemoró el de la “consumación”. El asunto se prestaba a confusiones, no sólo en el extranjero: un funcionario y hombre político muy conocido, designado en México para pronunciar un discurso oficial en esta ocasión, fue muy censurado, y no sé si también cesado en su cargo, porque se creyó en libertad, puesto que se celebraban los acontecimientos de 1821, de hacer un elogio de Iturbide, lo que no entraba en las intenciones del gobierno.



Embajada de un día

TANTO se ha hablado de “esencialidad” a propósito de Ungaretti, que es difícil sustraerse, cuando de él se trata, a la evocación de una de las frases más repetidas en poesía moderna: aquella que resume el rasgo más característico de esta poesía en el intento de reducirla a sus elementos *esenciales*: la imagen y la metáfora. Casi todas las escuelas de “vanguardia” coincidieron, efectivamente, en este punto por lo menos: en la importancia exagerada que dieron a la imagen, a la analogía, a la metáfora, a la comparación. Es, incluso, frecuente oír todavía por ahí descripciones de la poesía tan increíblemente simplificadas, que llegan a suponer que ésta consiste en el acercamiento, mediante la comparación o analogía, de dos realidades aparentemente alejadas. Responsable de tales simplificaciones es en gran parte el surrealismo, o mejor dicho el señor Breton (que tal vez no es exactamente lo mismo, a pesar de todo).

Así, la mejor poesía será aquella que acerque o compare realidades más dispares. Casi como decir la más disparatada. Un esquematismo tan extremo es realmente tranquilizador. Asigna al poeta una tarea bien determinada y fija, un verdadero oficio, una artesanía: el poeta se dedicará a encadenar imágenes, a unir conceptos mediante la palabra *como*, o preferiblemente sin esa palabra siquiera, para que la proximidad sea más estrecha, y la ilusión de identificación más completa.

Pero esto deja totalmente inexplicado por qué una imagen no equivale nunca a otra, aunque sea igualmente “comprimida”, por qué unas series de imágenes podrían “gustarnos” (por decirlo así) más que otras, y por qué habría incluso la menor necesidad de hacer otras series una vez hecha una, si ésta es satisfactoria. Lo cual nos demuestra que la poesía no consiste en eso, sino que cuando más se sirve de ello. El gran disparate de esta postura, a mi juicio, fue imaginar que porque ciertos elementos eran o parecían esenciales, había que prescindir de los otros. Es exactamente como si al cuerpo humano decidiéramos suprimirle sus elementos no esenciales. Este ejemplo es apenas metafórico, porque si la poesía es, como yo creo, “vida inmediata” (que ha dicho Eluard), vida que se expresa de la manera más directa posible, vida que habla como se hablaría a sí misma, entonces reducirla es amputarla. Dejemos de lado el problema de decidir (¿con qué criterio?) cuáles son los elementos más esenciales del cuerpo vivo o de la poesía viva; aun suponiendo que hubiéramos ya dilucidado esto de manera más o menos aceptable, sigue pareciendo dudoso que los demás elementos sean por ello super-

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

Cap. XII. El año de 1921

(Continuación)

2. Ecos

A) *El ascenso diplomático*. José Moreno Villa en Madrid (*Hermes*, enero de 1921) y Armando Donoso en Chile (*El Mercurio*, Santiago, 8-II-1921), comentaron el caso, recordando mis anteriores luchas y mis labores literarias en general. Moreno Villa se refirió con especial simpatía a mi prólogo para el tomito de Lope de Vega que publicó la Casa Calleja en 1919.

B) *Del Cantábrico*. El cambio en las condiciones de mi vida me permitió por primera vez escapar a los bochornosos veranos de Madrid, cuando no había más remedio que recluirse en casa todo el día, cerrando las ventanas y abriendo las puertas que comunicaban los cuartos unos con otros, casi o sin el "casi" en paños menores, y asomarse de noche a los espectáculos al aire libre, para esperar aquella hora exquisita sobre la cual he escrito:

... En esta hora de la media noche, la sierra del Guadarrama ha lanzado hasta Madrid uno de esos resuellos largos, frescos, que hacen cantar a los árboles y callar a los hombres. ("Huéspedes", *Ob. completas*, iv, p. 294.)

—Madrid, en verano, sin familia y con dinero... ¡Baden-Baden! —dijo cierto conocido político; pero no era mi caso. Y si antes había yo hablado, con una queja disimulada entre líneas, de "las víctimas del estío madrileño" (*Ob. completas*, iv, p. 21) —pues sépase que, por entonces, hasta los mendigos tomaban el tren y veraneaban en Santander o en San Sebastián, como siguiendo al Rey y a su corte— ahora ya podía yo darme el gusto de escribir orgullosamente:

... Cuando llega el otoño, todos regresamos del norte. Traemos todavía en los ojos la luz de Francia, las imágenes de la playa vascongada... ("Un paseo entre libros", *Ob. completas*, iv, p. 368.)

Estas imágenes de la tierra vascongada inspiran varias de mis páginas en prosa y en verso, de 1921 en adelante, y andan en *Las vísperas de España*, en *Cortesía*, en la *Obra poética*, y esparcidas en las *Simpatías y diferencias*, sobre todo en la última serie (*Reloj de sol*). "Deva, la del fácil recuerdo" (ver *Ob. compl.*, II, p. 177-9) era mi cuartel general. Y todavía años más tarde le consagré esa divagación (¿ensayo, poema, anecdotario?) que llamé —acaso con un mal chiste— *Los siete sobre Deva* (1942), *pace* Esquilo. De 1921 es el poema "La pipa del Cantábrico", primero e inolvidable contacto con los pueblos de pescadores: Lequeitio, Motrico... "Muy de mi gusto" —me dijo Carlos Pellicer en París cuando conoció este poema.

C) *De Italia*. Los ecos del rápido viaje a Italia, en verso y en prosa, han de buscarse en "Rumbos cruzados" (*Las vísperas de España*, tomo II de las *Ob. compl.*), y también en mi libro *Obra poética*. Las notas de "Rumbos cruzados" evitan de propósito el aire convencional y aun "monumental" que suelen asumir los relatos de los viajeros por los países

Por Alfonso REYES

consagrados como cunas del arte. Allí, como en un barco dedicado al naufragio y a la hecatombe, junté unos versillos de la mano izquierda que ni siquiera quise recoger en *Cortesía* y que pongo en boca de "Antonio Ramos": cosas que se caen solas de la pluma. Los poemas sobre Venecia y Florencia, menos efímeros a mis ojos, fueron publicados primeramente en *Pausa* y luego en la *Obra poética*. Ambos



The Compleat Angler, en el Cantábrico

acaban respectivamente en un vuelvo de la atención que, por fácil asociación de ideas, salta de Venecia a Toledo, y de Florencia a Sevilla. En igual tema cae también el apunte núm. 11 de los "Rumbos cruzados", donde hablo de las "segundas capitales", a las que sobró finura y faltó rudeza para alzarse con el señorío político.

D) *De la vida íntima*. Quiero referirme aquí a unos cuantos poemas de 1921, además de los que ya mencioné como ecos del viaje a Italia o al Cantábrico, y además de algunas posibles páginas de *Minuta*, (juego poético hecho a ratos perdidos y a lo largo de varios años, a cuyos fragmentos no puede asignarse ya fecha precisa). El primero de esos poemas, "A mi hijo" —que tenía nueve años—, no necesita explicación. El segundo, "Al encender la lámpara", me lleva a transcribir aquí un pasaje de mis memorias todavía inéditas:

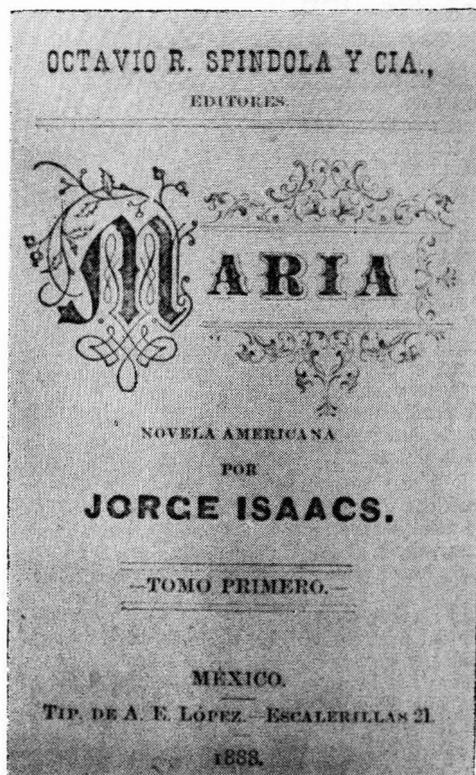
... (Hay) un poema de mi prehistoria llamado "Himno para encender la lámpara". No pude menos de volver al tema en Madrid, año de 1921 ("Al encender la lámpara", *Ob. poét.*, pp. 74-6). Se ve que la idea me

obsesionaba, pues palpita por ahí en otros versos ("Lluvias de julio", *Ibid.*, pp. 48-9: "Enciéndese la lámpara al apagarse el sol") y en otro pasaje de "la lámpara solitaria" escrito por 1917. ("Monólogo del autor", *El suicida*.)

E) *De Nervo*. Continué cuidando, para la Biblioteca Nueva de Ruiz Castillo, las *Obras completas* de Amado Nervo. En 1920 habían aparecido los primeros diecisiete volúmenes; este año de 1921, aparecieron del tomo XVIII al XXV.

Desde 1920, al primer aniversario de la muerte de Nervo, un grupo de jóvenes de Hispanoamérica y de España —la tertulia del café Platerías— tenía preparado un homenaje poético en recuerdo de nuestro poeta, pero sólo se publicó en 1921. Es una breve colección que hoy puede tentar la curiosidad de Andrés Henestrosa y otros aficionados a las rarezas de la bibliografía mexicana o simili-mexicana: *Platería a Nervo*, Madrid, J. Pueyo, 1921, 8º 36 pp. e índice. Tras las "palabras iniciales", aparecen poesías de María Luisa Ross, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes (fragmento del poema a la muerte de Nervo), José María Quiroga Pla, H. Esquivel Medina, Raúl Carrancá Trujillo, Federico Carlos Sáinz de Robles, Joaquín Fernández Suñol, Manuel Galán, Guillermo y Francisco Rello (conjuntamente) y Caravia Hevia.

F) *De Jorge Isaacs*. Publiqué en *La Pluma*, el mes de junio con una carta a Cipriano Rivas Cherif —que dirigía aquella revista junto con Manuel Azaña—, tres misivas de Jorge Isaacs a Justo Sierra, obsequio que me hizo en México Luis G. Urbina cuando, en las postrimerías del porfiriato, se disolvió la antigua Secretaría de Instrucción Pública y sobrevino el "Ministerio del do de pecho", como dijo Francisco Bulnes. Yo guardaba piadosamente esas cartas; las he publicado en *Los dos caminos* (ver *Ob. completas*, tomo iv), y hoy desearía que se leyeran co-



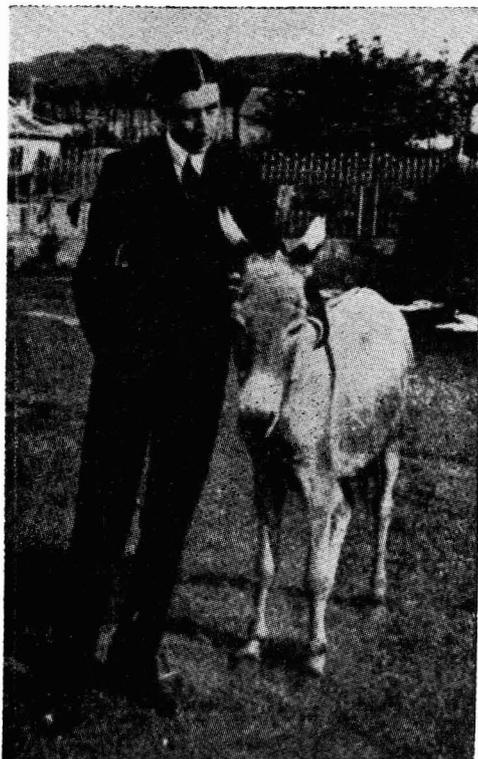
"guardaba piadosamente esas cartas"

mo proemio a mis breves y muy posteriores apuntes sobre la *María* de Jorge Isaacs. Estos apuntes fueron escritos en Buenos Aires, febrero de 1937; aparecieron primeramente en el *Relator* (Cali, Colombia, abril del propio año); pasaron después al libro *A lápiz*, y merecieron ser tenidos en cuenta por algún crítico de los Estados Unidos. El fragmento tuvo suerte en la lengua inglesa. En el Suplemento Literario de *The Times* (Londres, 12 de junio de 1948), a propósito de la publicación de *A lápiz*, se dice:

...One of the best of them is that on *María*, the novel by the Colombian writer, Jorge Isaacs. It is a brief and telling re-valuation of a work which many critics dismiss as an insipid, lachrymose romantic melodrama. In the acute sensibility of Isaacs and in his dolorous sensuality, Señor Reyes sees something that transcends literary romanticism. They reflect, he says, a vision of the world "as a valley of slender knives", a vision corresponding to adolescence, or at least to the experience of many adolescents.

G) *El candor del P. Brown*, obra de Chesterton que me fue muy grato traducir para Calleja, se proyectaba desde 1919 (ver cap. IX de esta *Historia documental*), aún estaba en pruebas por enero de 1921, y al fin apareció este mismo año. Yo creo que salió con buen pie, porque después ha arrastrado hasta la lengua española las otras series del "Padre Brown" (en traducciones ajenas), aquel paradójico investigador "detectivesco" cuyo secreto consistía en imaginar que él era el delincuente. Todos podemos hacerlo —explicaba— puesto que en el corazón humano hay sitio igualmente para los ángeles y para los demonios. Y, después de todo, ¿no conocíamos ya el cuento del tonto del pueblo que encontró el caballo perdido? "¿Cómo te las arreglaste?", le preguntaban. "Muy sencillo" —decía el tonto del pueblo—. "Me pregunté adónde me iría yo a meter si fuera caballo."

H) En el cap. III de esta *Historia documental* anticipé ya algunas noticias sobre la revista *Índice* que publicábamos Juan Ramón Jiménez y yo y de que salieron tres números en 1921, y el cuarto



José Bergamín— "se estrenó en Índice"



Manuelita Reyes en San Marcos



M. Villa— "dio con el término diferencia"

y último en 1922. Al año siguiente, inauguramos la Biblioteca Índice, que también he recordado antes y en la que se estrenaron algunos jóvenes. La frecuentación de Chesterton me llevó entonces a publicar en esta revista algunas páginas que han pasado al libro *Grata compañía* (1948), algo retocadas naturalmente: "Chesterton y la historia inglesa."

I) Seguramente lo más débil de mis *Cuestiones gongorinas* (1927) es el ensayo final: "Un romance de atribución dudosa." Creo haberlo redactado en el año que nos ocupa, 1921, más bien para poner orden entre mis papeles sobrantes. Nunca se publicó separadamente, a diferencia de los demás artículos del volumen. Tal vez el instinto o el demonio socrático me decía al oído que era preferible disimularlo entre otros ensayos.

3. *Simpatías y diferencias*

Este año aparecieron las dos primeras series de *Simpatías y diferencias* (31 de enero y 31 de marzo). En México (1945), bajo la dirección de Antonio Castro Leal,

e incorporadas con las tres series posteriores, se hizo una segunda edición de las *Simpatías y diferencias* en dos tomos (núms. 22 y 23 de la Colección de Escritores Mexicanos, Editorial Porrúa). Después he recogido el conjunto en el tomo IV de mis *Obras completas* (1956), donde explico los nuevos ordenamientos, supresiones y adiciones al material primitivo.

Por ahora sólo me referiré a las dos primeras series, que según ya lo he dicho antes proceden de mi página de "Geografía e Historia" en *El Sol*, de Madrid, años de 1918-1920. El título general de las series fue objeto de algunas dudas: me resultaba violento emplear el término "antipatías", y muy pedante el helenismo "dispatías". Lo discutía yo con Moreno Villa, cuando éste dio con el término discreto: "diferencias".

A estas dos primeras series consagró "Andrenio" (E. Gómez de Baquero) las siguientes líneas:

...*El plano oblicuo* (cuentos y diálogos), *El cazador* (ensayos y divagaciones) y *Simpatías y diferencias* (dos volúmenes) ... Este último libro me parece el más maduro y hecho de los citados volúmenes y el de composición más clara, quizá por ser el más objetivo, el menos lírico, ya que es de narración y crítica, o bien acaso por ser el más moderno; lo que, tratándose de un escritor joven como Reyes, supone una depuración, una decantación del estilo, calmada la inspiración de las primeras ebulliciones mozas y el ímpetu desigual de los ensayos primerizos (*La Época*, Madrid, 3 de diciembre de 1921, artículo reproducido in extenso en las *Páginas sobre A. R.*, I, Monterrey, 1955, p. 15).

La diferencia de tono que "Andrenio" ha advertido entre estos libros es obvia; pero la explica, además de las razones por él alegadas, el hecho de que en los otros libros yo escribía para mi gusto, y los artículos de *Simpatías y diferencias* tienen siempre muy en cuenta al lector del periódico. De modo que puedo decir, como en mi poema *Flores* (1921):

...y cediendo a mis gustos, daba gusto
a otros mil:
si en el retablo pintaba para todos,
debajo —en el gradino— pintaba para mí.

Pero, meses antes que "Andrenio", la fiel amistad de Carlos González Peña había señalado ya, con su acostumbrada benevolencia, la aparición de estos volúmenes (*El Universal*, México, 26 de mayo): "... Agilidad, sutileza de pensamiento, limpieza y gracia de estilo", escribía nuestro fraternal compañero.

Aunque en las notas al tomo IV de mis *Obras completas* dejo ya ciertas indicaciones, encaminadas sobre todo a completar las referencias con algunos datos posteriores u olvidados, no veo mejor ocasión que la presente para ofrecer los comentarios que se me ocurren sobre mis propios artículos, por insignificantes que sean (los artículos y los comentarios, que no quede lugar a duda). Nada es peor, menos higiénico, que guardarse esta pelusilla, estas limaduras y rebabas. ¡Afuera con todo!

Primera serie (Páginas del Jueves). "Visiones del Japón." Al margen de un ensayo de E. Hovelaque —y salvo la cita final de Lope, de que mucho me ufano—, me dejé llevar todavía por aquellas imágenes sobre el Imperio del Sol Naciente a que nos tenían habituados Percival Lowell, Lafcadio Hearn, Basil Chamberlain. Más tarde, hubiera preferido las profun-

das interpretaciones de Ruth Fulton Benedict en *The Chrysanthemum and the Sword* 1946.

"El museo privado de un escritor." Al final de este artículo, yo exhortaba a "Azorín" a darnos un día su libro de recortes, de pasajes marcados con rayas de lápiz al margen de los libros. Lo cierto es que él incorpora fácilmente todo ello en la elaboración de sus artículos —lo que es sin duda preferible y que, por suerte, los años no le han pesado para ir recogiendo cuidadosamente todos los rasgos de su pluma, todos por algún concepto precioso.

"Desde la ventana del laboratorio." Refiriéndome a un libro del coronel Nasmith —médico militar de Toronto— y hablando de la guerra N^o I, yo escribía hacia 1919 lo que después de la Guerra N^o II ha venido a ser más verdadero:

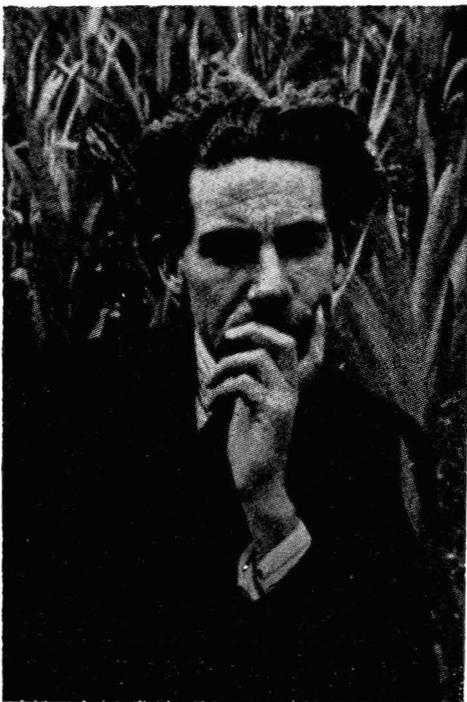
... En la historia, esta guerra ha de aparecer como la guerra científica. Las memorias de los hombres de ciencia serán tan indispensables para comprenderla como los informes del comandante.

Tal es el sentido de todo el artículo. Y no me refiero, ya se entiende, a las reflexiones u observaciones científicas que se ofrecen al margen de los combates y como en los entreactos (recuérdese las "campañas" de Goethe), sino a la ciencia implícita en la guerra misma.

"De Shakespeare, considerado como fantasma." Puesto que acabo de recordar a Goethe, diré que el punto a que este artículo se refiere —sincronismo o concordancia, como dice Lefranc, entre la obra shakespiriana y la vida del actor William Shakespeare, si es que existen tal sincronismo o concordancia— se reduce a la relación entre la *Dichtung* y la *Wahrheit*, entre la poesía y la verdad en la obra de un hombre; por lo cual, en mi ejemplar "de fatiga", he escrito al pie de este artículo: "Referencia al ensayo *La vida y la obra* (*Tres puntos de exegética literaria*, Jornadas del Colegio de México, N^o 38, 1945, pp. 19 y ss.). La cita de Croce sobre cómo la poesía admite interpretaciones históricas, pero con ayuda de aquella historia que le es intrínseca y propia, y no de la historia extraña aunque sea contemporánea y envuelva la vida del autor, me lleva a recordar cierta revista que pasaba por mis manos cuando, en Madrid, preparaba yo con Solalinde la bibliografía para la *Revista de Filología Española* y me reía de ciertos inacabables artículos dedicados a dar noticias sobre "monjas palentinas parientes de Miguel de Cervantes", cuyo erudito recopilador creía contribuir así al mejor entendimiento del *Quijote*; en lo que yo pensaba sin duda cuando, explicando la postura de Croce, escribí esta frase: "¡ay, en nuestra crítica cervantina, qué falta nos haría una prédica semejante!" Lo que me lleva de la mano al problema del soneto "No me mueve, mi Dios, para quererte", sobre el cual me interrogaba hace tiempo el arzobispo Martínez, y a quien envié el artículo de Marcel Bataillon publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* —El Colegio de México, 1950, iv, pp. 254 a 269—, que, con la mayor deferencia para las investigaciones de don Alberto Ma. Carreño, termina así:



Antonio Espina— "en la Biblioteca Indice"



B. Palencia— "sus dibujos en la Biblioteca"

... Quédese el famoso soneto en su anónimo, con tal que entendamos bien lo que significa. Es un momento de la espiritualidad "cristocéntrica", un eslabón aviliano de la cadena que une la escuela italiana de los *spirituali* y del Beneficio de Cristo con la escuela del Puro Amor que florecen en la Francia de Luis XIII. Es anónimo adrede, pero sin segunda intención...

En cuanto a los demás artículos de la primera serie no se me ofrece ningún comentario especial, como no sea el llamar la atención sobre las noticias y apéndices al tomo iv de mis *Obras completas*, pp. 7, 10 y 88, donde explico los cambios introducidos en esta edición final.

Segunda serie. I. Crítica. II. Historia Menor.

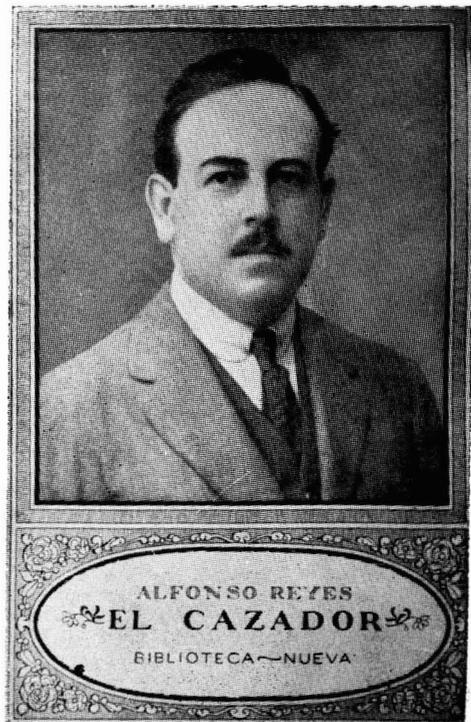
Una sola observación, que en parte repite lo que dije en el capítulo iv: "El cine literario", escrito en 1920 (*Ob. completas*, iv, p. 107) puede, por analogía de tema, agruparse con las páginas relativas al cine (*Ibid.*, pp. 199-236), con las "Notas sobre el cine" y "Un drama para el cine" que constan en el *Tren de ondas*, con

el comentario "México en el Cine" (*A lápiz*, 1947, p. 86) y con "Los cuentos de Rojas González en el Cine", artículo que hasta hoy sólo ha aparecido en un programa para la exhibición de *Raíces*, pero que se incorporará en algún futuro volumen. A veces se me ha ocurrido pensar que las primeras páginas de mi ensayo sobre "Góngora y *La gloria de Niquea*" (*Cuestiones gongorinas*, pp. 12-13) dan la base para un "escenario" relativo al Conde de Villamediana, y así lo digo en los apuntes de "Fósforo" (*Ob. compl.* iv, p. 223). Ya he copiado, al comenzar este capítulo, la opinión de "Azorín" sobre una posible película de fantasía fundada en Lope de Vega ("Las aventuras de Pánfilo", fragmento del *Peregrino en su patria* que yo he publicado, y pronto reeditaré como obra aparte).

4. *El Cazador*

Este libro de artículos, ensayos y hasta poemas en prosa apareció aquel año de 1921 en la Biblioteca Nueva de Ruiz Castillo; lo reedité en México, Tezontle (21 de julio de 1954), y finalmente lo incorporé en el tercer tomo de mis *Obras completas* (México, Fondo de Cultura Económica, 1956). Las diversas páginas, van desde 1910 hasta 1920; las más, se habían publicado anteriormente en revistas. Ya he dicho en otro capítulo que desde 1918 andaba yo buscándole algún editor; pero se me quedó en los plúteos y, con el reposo, engordó algo más. De unas a otras ediciones, arreglé un poco el orden de los diversos fragmentos.

Por lo pronto, de *El Cazador* sólo conservo una noticia publicada por Carlos González Peña en *El Universal* (México, 21 de agosto de 1921), descontada la nota de "Andrenio" que he citado ya a propósito de las dos primeras series de *Simpatías y diferencias*. "Andrenio" parecía desconfiar un poco del tono lírico y juvenil de estas páginas. Hoy veo, por las reseñas provocadas a la aparición de nuevas ediciones, que se les concede calidad poética de poemas en prosa, por lo menos a algunos fragmentos.



"se le concede calidad poética"